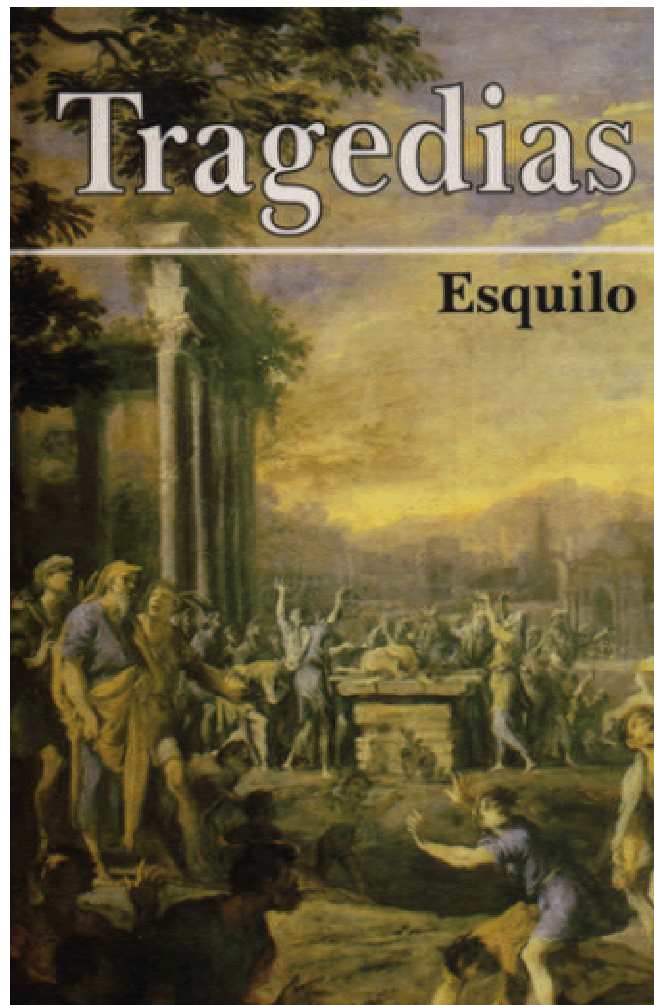


**LIBRO** dot.com

# TRAGEDIAS

---

ESQUILO



Digitalizado por **LIBRO** dot.com  
<http://www.librodot.com>

# INDICE

1- LOS PERSAS

2- LOS SIETE CONTRA TEBAS

3- LOS SUPLICANTES

4- PROMETEO ENCADENADO

5- AGAMENÓN

6- LAS COÉFORAS

7- LAS EUMÉNIDES

# LOS PERSAS

## PERSONAJES

Coro de ancianos

Acosa (madre del rey)

Mensajero

Sombra de Darío

Jerjes (rey de los persas)

*La escena tiene lugar en Susa, capital de los persas, delante del palacio del Gran Rey. El coro está compuesto de ancianos consejeros del monarca, llamados los Fieles.*

CORIFEO. De los persas que han marchado hacia la tierra de la Hélade, estos son los llamados Fieles, guardianes de este palacio opulento y lleno de oro, que por su magnificencia el propio rey Jerjes, hijo de Darío, escogió para vigilar sobre el país.

Pero cuando pienso en el retorno del rey y del brillante ejército, harto ya de ser profeta de desgracias, se me angustia el corazón en el pecho -toda la fuerza de la estirpe asiática se ha marchado- y reclama a su joven señor, pero ni mensajero ni jinete alguno llega a la ciudad de los persas.

Dejando Susa y Ecbatana y el viejo recinto de Cisia, han marchado, unos a caballo, otros en naves, y a pie los infantes que constituyen la masa guerrera.

Así van al combate Amistres y Artafrenes, Megabates y Astaspes, capitanes de los persas, reyes vasallos del Gran Rey, celadores de un inmenso ejército, y con ellos, los temibles arqueros y los caballeros formidables de contemplar, terribles en el combate por la valerosa decisión de su espíritu. Y Artambaces, contento encima de su caballo, y

Masistres, y el valiente Imeo, arquero victorioso, y Farandaces, y Sóstanes el conductor de carros.

El ancho y fecundo Nilo ha enviado también los suyos: Susiscanes, Pegastón, nacido de Egipto, y el soberano de la sagrada Menfis, Arsames el Grande, y el regente de la antigua Tebas, Arimardo, y los hábiles remeros que surcan los pantanos, multitud difícil de contar.

A continuación viene la tropa de los lidios de vida fácil, que dominan a todos los pueblos de su continente; Metrogates, y el valiente Arcteo, reyes conductores, y Sardes, la ciudad del oro, los envían al combate en muchos carros de dos y tres lanzas dispuestos en escuadrones, formidable espectáculo terrible.

Los vecinos del sagrado Tmolo se jactan de que harán caer sobre la Hélade el yugo de la esclavitud, Mardon, Taribis, yunques de la lanza, y los lanceros misios. Babilonia, rica en oro, envía en torrente una mezclada multitud, marinos en sus naves, y soldados llenos de fe en el coraje con que tensan el arco. Detrás viene, procedente de toda Asia, la gente de espada corta, obediente a las órdenes terribles del Gran Rey.

Tal es la flor de los guerreros del país de Persia que han marchado, y por ellos toda la tierra de Asia, su nodriza, llora con ardiente nostalgia; y sus padres y esposas, contando los días, tiemblan del tiempo que se demora.

CORO. El ejército del rey, destructor de ciudades, ya, sin duda, a la ribera opuesta del continente vecino, después de haber atravesado el estrecho de Hele, hija de Atamantis, en baleas atadas con cuerdas de lino, y lanzado sobre el cuello del mar el yugo de una pasarela tachonada con innumerables clavijas.

El impetuoso señor de la populosa Asia lanza contra toda la tierra un enorme rebaño de hombres por un doble camino: para los soldados de a pie y los del mar confían en sus fuertes y rudos capitanes, el hijo del linaje del oro, mortal igual a los dioses.

En sus ojos brilla la sombría mirada del dragón sanguinario; tiene mil brazos y miles de marinos, e impulsando su carro sirio conduce un Ares que triunfa con el arco contra guerreros ilustres por la lanza.

Nadie es reputado capaz de hacer frente a este inmenso torrente de hombres y con poderosos diques contener el invencible oleaje del mar. Irresistible es el ejército de los persas y su valiente pueblo.

Pero ¿qué mortal puede escapar al astuto engaño de un dios? ¿Quién con el ágil pie de un salto feliz sabría lanzarse por encima?

Dulce y halagador, Ate atrae al hombre hacia sus redes, y ningún mortal puede esquivarlas y huir. El destino que los dioses han asignado desde antiguo a los persas les impone la tarea de ocuparse de las guerras destructoras de torres, de los tumultos, placer de los jinetes, y de las devastaciones de ciudades.

Pero ahora han aprendido en las vastas rutas del mar, grisáceo por el viento impetuoso, a contemplar el sagrado recinto de las aguas, confiados en frágiles cordajes de lino y en ingenios para transportar a los hombres.

Por ello la angustia lacera mi corazón enlutado. «¡Oh! ¡Ah, el ejército persa!» ¿No es esta la nueva que oírán mi urbe, la gran ciudad de Susa, vacía de hombres, y la fortaleza de Cisia tornarían los ecos? «¡Oh!» ¿Es este el grito que hará resonar una muchedumbre femenina, mientras desgarran sus vestidos de lino?

Pues todo un pueblo de jinetes y de infantes ha dejado el país, como un enjambre de abejas, con su jefe de ejército; ha salvado el promontorio marino, uncido y común a los dos continentes.

Los tálamos, con la añoranza de los hombres, se llenan de lágrimas; todas las mujeres persas, en la ternura de su duelo, han seguido con nostalgia amorosa el belicoso y valiente esposo, y solas quedan en el yugo.

CORIFEYO. Vamos, pues, persas, y sentados bajo este tejado antiguo, meditemos sabiamente y profundamente -la necesidad nos acosa- examinando la situación de Jerjes rey, nacido de Darío, raza nuestra con el nombre heredado de sus abuelos. ¿Acaso triunfa el tiro del arco? ¿O ha vencido la lanza con moharra de hierro?

Pero, mirad, he aquí la madre del rey, mi reina, luz igual a la de los ojos de los dioses; yo me arrodillo. Que todos la saluden con los homenajes debidos.

*(El coro se postra y entra la Reina madre en su carro, seguida de un numeroso cortejo.)*

Oh reina, soberana de las mujeres persas, de grácil talle, madre venerable de Jerjes, salve, mujer de Darío.

Compañera de lecho de un dios de los persas, habrás sido también madre de un dios, si al menos la ancestral fortuna no ha desertado de nuestro ejército.

REINA. Por esta causa he venido aquí, dejando el palacio brillante y la alcoba de Darío y mía; también a mí la inquietud desgarrar mi corazón y a vosotros quiero decirlo, amigos. Yo misma no estoy exenta de temor, no sea que nuestra gran riqueza derribe de un puntapié, cubriendo de polvo el suelo, la felicidad que Darío levantó no sin el concurso de algún dios. Así una doble e inexplicable preocupación radica en mi corazón: ni las riquezas sin hombres son honradas y apreciadas, ni para los hombres sin riquezas brilla tanta luz cuanta es su fuerza. Nuestra riqueza es irreprochable; pero el temor es por nuestros ojos. Porque el ojo de una casa creo que es la presencia del señor. Siendo esto así, sed, persas, antigua confianza mía, consejeros en lo que os diré; pues en vosotros radican todos mis prudentes consejos.

CORIFEEO. Sabe bien esto, reina de este país: no tendrás necesidad de indicarme dos veces ni de palabra ni de obra en lo que sea capaz de servirte de guía. Llamas en nosotros a unos diligentes consejeros.

REINA. Vivo siempre acompañada de muchos sueños nocturnos desde que mi hijo, equipando un ejército, ha partido con el deseo de devastar la tierra de Jonia; pero todavía no he visto uno tan claro como el de la noche pasada. Te lo diré. Me ha parecido que se presentaban ante mis ojos dos mujeres bien vestidas, una adornada con ropas persas, otra dóricas; ambas en estatura y en belleza sin mancha superaban, con mucho, a las mujeres de ahora y eran hermanas de la misma raza; pero habitaban, una la Hélade, que la fortuna le había asignado, otra un país bárbaro. Una disputa se originó entre ellas, según me pareció ver; mi hijo, al darse cuenta, las contenía y calmaba; después las unce a su carro y les coloca el yugo sobre el cuello. Entonces una se jactaba de este atavío, y ofrecía a las riendas una boca dócil; la otra, al contrario, respingaba y de repente con las manos destroza los arreos del carro, lo arrastra con violencia a pesar de las riendas, y finalmente rompe por el medio el yugo. Mi hijo cae; su padre, Darío, compadeciéndolo, acude a su lado; pero Jerjes al verlo rasga los vestidos que le cubren. Esta es, pues, digo, la visión que he tenido esta noche. Al levantarme, baño mis manos en las corrientes puras de una fuente y cargada de ofrendas me acerco al altar para ofrecer una torta a los dioses protectores, a los que se debe este homenaje. Entonces veo un águila que huye hacia el hogar de Febo. Muda de terror, me detengo, amigos; pero pronto contemplo un gavilán que se lanza con rápido batir de alas y con las garras despluma la cabeza del águila, la

cual no hace otra cosa que acurrucarse y ofrecer su cuerpo como presa. Esto es para mí terrible de contemplar y para vosotros de escucharlo. Pues bien, lo sabéis, mi hijo, si triunfa, será un rey admirable; pero si fracasa no ha de rendir cuentas al país, y si se salva gobernará igualmente esta tierra.

CORIFEO. No deseamos, madre, ni espantarte demasiado con nuestras palabras, ni inspirarte demasiada confianza. Llégate a los dioses en súplica. Si has visto algo siniestro; pídele que aparten de ti su cumplimiento, pero que realicen todo lo bueno para ti, para tus hijos, para el país y para todos tus amigos. Después es necesario que derrames libaciones a la tierra y a los difuntos; encarecidamente suplico a tu esposo Darío, que dices haber visto esta noche, que te envíe de debajo de tierra a la luz augurios favorables para ti y para tu hijo, y que retenga marchito lo adverso en las sombras subterráneas. Esto es lo que, profeta inspirado por el corazón, te aconsejo desde lo más recóndito de mi alma. Creemos que estos presagios se realizarán del todo bien.

REINA. Reconozco tu afecto a mi hijo y a mi casa en esta interpretación de mis sueños que tú has sido el primero en confirmar. ¡Ojalá se realicen felizmente! Todo lo que concierne a los dioses y a los amigos subterráneos, lo realizaré, según tus deseos, tan pronto como llegue a palacio. Pero hay cosas que quiero conocer, amigos: Atenas, ¿en qué lugar de la Tierra está situada?

CORIFEO. Lejos, hacia poniente, donde desaparece nuestro señor el Sol.

REINA. ¿Pero mi hijo deseaba tomar esta ciudad?

CORIFEO. Toda la Hélade entonces habría estado sometida al Rey.

REINA. ¿Así tienen un ejército tan numeroso?

CORIFEO. Sí, un ejército que ha hecho ya mucho daño a los medos.

REINA. ¿Y qué hay además de esto? ¿Tienen riqueza suficiente en sus casas?

CORIFEO. Una fuente de plata tienen, un tesoro que guarda la tierra.

REINA. ¿El arma que los distingue es la flecha que tensa el arco?

CORIFEO. No; espadas para el cuerpo a cuerpo y escudos que llevan en el brazo.

REINA. ¿Y qué jefe acaudilla y manda el ejército?

CORIFEO. No se llaman esclavos ni vasallos de nadie.

REINA. ¿Cómo entonces podrán hacer frente al ataque de los enemigos?

CORIFEO. Bastante como para haber destruido a Darío un numeroso y magnífico ejército.

REINA. Dices cosas terribles de pensar para las madres de los que han partido.

CORIFEO. Pero, según creo, pronto sabrás toda la verdad. He aquí a un hombre que viene corriendo y que parece ser un persa. Trae claramente alguna noticia, buena o mala de oír.

*(Llega corriendo un mensajero.)*

MENSAJERO. ¡Oh ciudades de toda la tierra de Asia, oh país pérsico y enorme puerto de riqueza, cómo, de un solo golpe, ha sido destruida una inmensa felicidad, ha desaparecido pisoteada la flor de los persas! ¡Ay de mí! Es una desgracia ser el primero en anunciar males. Sin embargo, es necesario que os revele todo el desastre, persas: el ejército entero de los bárbaros ha perecido.

CORO. Horribles, horribles desgracias, inauditas y desgarradoras. ¡Ay, ay! Llorad, persas, al oír este dolor.

MENSAJERO. Sí, todo aquello está terminado, y yo mismo contra toda esperanza veo la luz del regreso.

CORO. Demasiado longeva se nos aparece hoy la existencia a nosotros, ancianos, para oír esta calamidad inesperada.

MENSAJERO. Y en verdad, como testigo y no oyendo el relato de otros, persas, quiero contaros las desgracias que os han sucedido allí.

CORO. ¡Otototoi! En vano miles de dardos juntamente han pasado de Asia a una tierra enemiga, al país de la Hélade.

MENSAJERO. Las riberas de Salamina y todo el lugar contiguo están llenos de cadáveres que un funesto destino ha destrozado.

CORO. ¡Otototoi! Te refieres a de los miembros muertos de seres queridos, revolcados por las olas, sin cesar zambullidos, arrastrados en sus largas capas errantes.

MENSAJERO. No era suficiente el arco, y todo nuestro ejército sucumbió, domado por los espolones navales.

CORO. Lanza sobre nuestros desgraciados un grito malhadado, lúgubre. Los dioses todo lo han dispuesto para perdición completa de los persas. ¡Ay, ay, ejército destruido!

MENSAJERO. ¡Nombre de Salamina, el más odioso a mis oídos! ¡Ah! ¡Cómo gimo



al acordarme de Atenas!

CORO. Sí, Atenas, odiosa para nuestra perdición. Tengo motivos para acordarme de ella, cuando ha hecho, en vano, de tantas persas, madres sin hijos, esposas sin maridos.

*(Un silencio.)*

REINA. Hace rato que no hablo, infeliz, abrumada por las desgracias. Este desastre es demasiado grande para poder decir, para interrogar acerca de los sufrimientos. Sin embargo, es necesario que los mortales soporten las penas que envían los dioses. Desarrolla, pues, toda la catástrofe, y soségante dinos, aunque gimas por los males, quién, de entre los jefes, no ha muerto, a quién hemos de llorar, y quién prestando servicio como cetrero ha dejado al morir su lugar vacío.

MENSAJERO. El propio Jerjes vive y ve la luz.

REINA. Tus palabras son para mi casa una gran luz, un día blanco después de la sombría noche.

MENSAJERO. Mas, Artambares, jefe de diez mil jinetes, está siendo golpeado a lo largo de la escarpada costa de Silenia, y Dadaces, quiliarca, bajo el golpe de una lanza, ha dado un ligero salto desde su nave. Tenagonte, el héroe bactriano de noble linaje, gira en torno a la isla de Ajax batida por las olas. Lileo, Arsames y Argestes el tercero, alrededor de la isla de las palomas cargan la dura costa con sus cabezas vencidas. Y los egipcios, vecinos de las fuentes del Nilo, Arcteo, Adenes y, en tercer lugar, Farnuco, provisto de un escudo, han caído de la misma nave. Mátalo de Crisa, jefe de diez mil hombres, al morir tenía su larga y espesa barba pelirroja que cambiaba de color en un baño de púrpura. El mago Arabe y Artames bactriano, que guiaban treinta mil caballos negros, ahora están domiciliados en la áspera tierra en donde han perecido. Amistris y Amfistreo, que manejaba una pesada lanza, y el valiente Ariomardo, que ha proporcionado un duelo a Sardes, y el misio Sísames y Taribis, el almirante de cinco veces cincuenta naves, lirneo de linaje, varón soberbio, ahora yace muerto, infeliz, no con muy buena estrella.

Y Sienisis, el más valiente de los hombres, capitán de los cilicios, después de haber causado él solo mil bajas a los enemigos, ha muerto gloriosamente. Tales son los jefes que recuerdo; pero siendo tantas las desgracias, sólo te he contado un pequeño número.

REINA. ¡Ay, ay! Oigo los más supremos males, vergüenza para los persas y causa de lamentos agudos. Pero vuelve atrás y dime cuál era la multitud de naves helenas para que se hayan decidido a trabar combate con el ejército persa y atacar nuestra flota.

MENSAJERO. Por lo que respecta a la multitud, sabe que el bárbaro habría vencido con sus naves; pues los helenos tenían un total de trescientos navíos y, además de estos, diez naves escogidas. Jerjes, al contrario, lo sé, conducía una flota de mil naves, y las que sobresalían por su rapidez eran doscientas siete. Este es el cómputo. ¿Te parece que estábamos en inferioridad en esta lucha? Sino que algún dios ha destruido a nuestro ejército, inclinando la balanza con una fortuna no equilibrada. Los dioses protegen la ciudad de la diosa Palas.

REINA. ¿Así la ciudad de Atenas está todavía intacta?

MENSAJERO. Sí, porque teniendo a sus hombres tiene un baluarte seguro.

REINA. Pero ¿cuál fue para las naves la señal del combate? Dime: ¿quién empezó al lucha, los helenos o mi hijo, envanecido por la multitud de sus naves?

MENSAJERO. El que inició, mi reina, todo este desastre fue un dios maléfico o un espíritu vengador, quién sabe de dónde salió. Un heleno del ejército ateniense vino a decir a tu hijo Jerjes que al llegar las sombras de la noche los helenos no esperarían más, sino que saltando sobre los bancos de sus naves, buscarían, cada uno por su parte, salvar la vida en una huida secreta. Él, tan pronto lo oyó, no comprendiendo el engaño del heleno y ni la envidia de los dioses, declara a todos los capitanes de nave esta orden: cuando el sol haya cesado de quemar la tierra con sus rayos y las tinieblas llenen el sagrado recinto del éter, colocarán el grueso de sus naves en tres líneas para guardar las salidas y los pasos resonantes, y las otras en círculo alrededor de la isla de Ajax; pues, si los helenos intentan huir de un destino fatal y encuentran secretamente con sus naves una evasión, había sido decretado que todos serían decapitados. Así habló en el fervor de su corazón animoso; porque no sabía el futuro que le reservaban los dioses. Ellos mansamante y sin desorden, preparan la cena y cada marino ata el remo al escámo dispuesto a bogar. Cuando se apagó la luz del sol y llegó la noche, todos los remeros, todos los soldados de marina suben a las naves. Una flota exhorta a la otra en la larga noche; rema cada uno hacia el sitio asignado y toda la noche los jefes de las naves mantienen navegando a todo el personal naval. Y la noche transcurre sin que la flota

## Gracias por visitar este Libro Electrónico

Puedes leer la versión completa de este libro electrónico en diferentes formatos:

- HTML(Gratis / Disponible a todos los usuarios)
- PDF / TXT(Disponible a miembros V.I.P. Los miembros con una membresía básica pueden acceder hasta 5 libros electrónicos en formato PDF/TXT durante el mes.)
- Epub y Mobipocket (Exclusivos para miembros V.I.P.)

Para descargar este libro completo, tan solo seleccione el formato deseado, abajo:

